

Complicidad

Por: Tania Delgado

Transcurría una tibia mañana de Octubre, mientras me encontraba de pie en la puerta de un pequeño local ubicado en el centro de la ciudad, lo hacía por minutos para cambiar la posición de mi cuerpo desvalido y un tanto rígido debido a su escaso movimiento, atrás quedaba la libertad que sentía al caminar, al igual que los sueños de grandeza truncados abruptamente a los 22. Las personas iban y venían, siempre apuradas, siempre indiferentes, podía percibir las papas fritas del Topoly y el olor a ajo del restaurante de Doña Irene, su mejor táctica de ventas, anunciando de esa forma que el almuerzo se serviría en poco tiempo.

A pocos metros alguien llamó mi atención, logrando abstraerme del olor a ajo y del malestar de mi cuerpo, una sonrisa era su carta de presentación, de mediana estatura, su cabello rubio le hacía juego a sus ojos claros, los colores de su ropa y su bisutería llamativa me hacían pensar que venía de la costa, pero tenía una particularidad que me produjo una especie de complicidad.

Desea descansar un momentito? fueron mis palabras usando un diminutivo para hacer más amigable mi invitación iya no avanzaba me contesto! sin dejar de sonreír, dialogamos un poco era de Machala venía a estudiar Leyes huyendo de la sobre protección de sus padres para los cuales ella era la pobre niña que necesitaba ayuda para todo, tomo asiento con mucha dificultad ubicando estratégicamente a su amigo inseparable y fiel compañero... su bastón ya formaba parte de su cuerpo ofreciéndole la libertad existente fuera de la puerta de aquel local.

Vivía en la residencia de la esquina regida por las monjas Marianitas famosas por las normas espirituales que las imponían en nombre de Dios a sus residentes, conversamos como viejas amigas una cama de hospital era nuestro tema predilecto, éramos cómplices de un drama y su particularidad también era la mía, pero claro con una gran diferencia ella no renunciaba a su sonrisa ni a sueños, había venido a cumplirlos no importaba si la universidad estaba al extremo sur de Loja o que no hubiese transporte, su gran sonrisa al pedir ayuda le abrió las puertas por las que le toco pasar. Seis años fue el tiempo necesario para obtener su título ahora era la abogada Glenda Suárez pionera de algunos proyectos de inclusión, con sus sueños cumplidos y un cúmulo de experiencias regreso a su tierra dejando en mí el ejemplo de grandeza, de que la quietud y las barreras las tenemos en la mente que no importa si podemos o no podemos caminar que si podemos ver o somos ciegos que si podemos oír o somos sordos o si tenemos todo, aun así crearemos barreras, Glenda es un ejemplo a seguir.